





LUIS VALENZUELA PRADO nació en Santiago de Chile en 1978. Se licenció en Letras durante 2003 en la Universidad Católica de Chile, es magíster por la misma casa de estudios desde 2010 y actualmente cursa ahí el doctorado en literatura. Desarrolla investigaciones, ponencias y artículos sobre cine y literatura de Latinoamérica. Ha escrito crítica literaria en la edición dominical del diario *La Nación* y en la revista electrónica *Sobrelibros*.

Varios cuentos suyos han sido publicados, como «Silencios en la fiesta», parte de la antología de Diego Trelles *El futuro no es nuestro: narradores de Latinoamérica* en la revista electrónica *Piedepagina*, o los tres relatos incluidos en *Lenguas. Dieciocho jóvenes cuentistas chilenos*, compilación de Carlos Labbé (2006). En 2008 publicó su primera novela, *Jueves*.



LA RISA DEL PAYASO

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 6

LUIS VALENZUELA PRADO

LA RISA DEL PAYASO



SANGRÍA

© Luis Valenzuela Prado
N° 208.681
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-20-3

© Derechos reservados para esta edición:
2011, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Carlos Labbé, Pilar García y Martín Centeno

Diagramó el libro Carlos Labbé

El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición digital se terminó de imprimir en noviembre de 2011 en Imprenta Dimacofi S. A.

Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

1. Un payaso muerto en el motel.....	15
2. ECRE.....	23
3. El interés de Oteíza (génesis de una búsqueda).....	41
4. Secuestran a hijo del dueño de <i>El Mercurio</i>	53
5. La desaparición de Batla.....	63
6. El vómito de Batla.....	69
7. Ecretas.....	81
8. Las hazañas del montajista.....	89
9. El interés de Julia.....	101
10. Terrorismo político.....	105
11. El regalo.....	109
12. Esbozos de un plan para desaparecer.....	123
13. Batla en el ascensor.....	135

14. Arthur Cravan o la búsqueda de un modelo para desaparecer.....	137
15. Todo el mundo debe tener un plan.....	147
16. Los hermanitos Barraza.....	155
17. Lento.....	163
18. Los viejos tiempos de Oteíza.....	165
19. La invitación.....	169
20. Pasos ecretas.....	177
21. La décima vez.....	179
22. La gran escena fiestera.....	185
23. Un payaso muerto.....	193





Batla (Battla): corpus oblungum, plus minusve depressum. Las batlas propiamente dichas están esparcidas en los diferentes puntos del globo. En Chile se han hallado cuatro especies, que hasta ahora no habían sido observadas. En España se les da el nombre de «cucaracha».

Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*



1

UN PAYASO MUERTO EN EL MOTEL

—Nooo—exclamó Cese con cierto desgano y sin demostrar pasmo ni extrañeza al observar el cuerpo muerto, boca arriba, desparramado en la alfombra de la habitación.

Posteriormente al alboroto y a la desidiosa exclamación de Cese, un representante externo a la administración del Motel llega a calmarlo todo. Antes Cese, la mujer encargada de ordenar las habitaciones del conocido Motel 014, escuchaba música mientras realizaba su trabajo por inercia y cierta desgana implícitos en sus movimientos mecánicos. Es decir, sin prestar demasiada atención a los detalles emergentes, al rutinario panorama que arrojaba una primera vista de ese espacio: condones usados y nuevos en el suelo, vasos vacíos en la alfombra manchada con vino, colillas de cigarro y marihuana en los ceniceros, restos de cocaína sobre los veladores —que una esmerada Cese juntaba con amor y dedicación para llevarle a Garrido como regalito de enamorados—, camas desordenadas,

sábanas manchadas con semen o sangre, jacuzzi con agua estancada, pelos y boletas flotando, televisión encendida en algún canal porno o a veces en algún mal programa matutino. Era un caos muy simple de ordenar para una experta en esos menesteres como Cese. Nada muy repulsivo, nada nuevo. Para eso estaba entrenada, para eso estaba preparada, para eso trabajaba, para eso estaba contratada. Nimiedades rutinarias así no la sorprenderían. Ni siquiera un cuerpo tirado en el suelo de la habitación 12. Quizás un poco. Tal vez.

Cese no escuchó nada de nada. Eso le llamó mucho la atención, ya que siempre estaba atenta a todo lo que sucedía en el 014. Sólo pudo ver eso, el final de la escena, que arrojaba un panorama normal y ordinario al momento de clasificarlo como uno de los tantos crímenes o ajustes de cuentas que a diario decoran la ciudad por diferentes razones. Quizá en la ciudad el crimen se arroja en motivaciones heterogéneas, pero en un motel de seguro las motivaciones son desencadenadas por una simple ecuación de causa y efecto. Es decir, ajuste de cuentas marital, fraternal, parental –siempre vincular–, por celos, despecho, rabia. La escena era lo normal: un hombre con marcas en el cuello dejadas por una soga que posiblemente lo estranguló hasta dejarlo sin respiración, y dos estocadas como remache final. Vidrios de un espejo roto tirados en el suelo, tal vez por

algunas patadas desesperadas por parte de la víctima en sus últimos minutos de vida. Quebrazón de vidrios, que Cese no escuchó. Lo particular, y peculiar si se quiere, era un hombre caracterizado de payaso: peluca sintética crespa y rubia, puntos en las mejillas queriendo simular pecas, ojos coloreados con sombra violeta y la boca pintarrajeada con un rouge fucsia Lip Finity; un camisón de satín de mala calidad, suspensores rojos, unos anchos pantalones a cuadros y zapatos verdes de bufón de circo precario. Cese, sin pensarlo dos veces, miró de soslayo la hora en el reloj con minutereros en forma de pene que Garrido le regalara para el aniversario, giró y avanzó con disimulo hacia la puerta. La abrió y luego la cerró. Caminó con mesura por el angosto y solitario pasillo del 014, vacío en ese instante, la mayor parte de los visitantes en vigilia o escondidos por el miedo de los disparos. ¿Habrán escuchado algo?, se preguntaba Cese. Avanzó hacia la escalera y bajó a la recepción para llamar por teléfono a su jefe. Eran las 7:56.

—¿Don Gastón?

Ella narró y reconstruyó la escena sin agregar demasiados epítetos para hiperbolizar la situación, intentando ser objetiva o quizá poniendo en escena su característico pragmatismo a la hora de solucionar sus dificultades laborales. Don Gastón trató de calmarla por su propia cuenta sin que fuera necesario hacerlo, Cese

no se mostraba para nada inquieta. Él, le dijo, haría una llamada breve para luego comunicarse con ella y darle instrucciones sobre el modo de operar. Cese debía mantenerse a la espera. Y lo hizo. Mientras permanecía en la recepción mirando el entorno del lugar, pensaba en el cuerpo, en los pasos a seguir, en las molestias que podía ocasionarle este episodio, en el quiebre de esa bella rutina repetida de memoria día tras día, día tras día, durante los cinco años que llevaba trabajando. Recién ahí, al pensar en la fractura de esa rutina, alcanzó cierto grado de tensión y se impacientó. En el momento que de forma repentina sonó el teléfono dio un salto.

—¿Sí?

—Cese. La situación es la siguiente.

Eran las 8:06. Don Gastón le solicitó cerrar bien esa habitación sin que la viera nadie, y enfatizó que por ningún motivo dejara entrar a extraños.

—¿Y salir?

—No creo que salga alguien.

—¿Y si sale? Después usted me reta y yo soy la culpable.

Cese debía entregarse por completo a las disposiciones del experto en solucionar este tipo de embrollos, un sujeto que arribaría en tres a cinco minutos más al motel para intentar poner todo en orden y salvar de ese mal pasar a don Gastón y a Cese.

—¿Es de confianza?

–De toda mi confianza, mujer.

–Mire que soy regüena para desconfiar de los demás. Dígame si no lo he salvado de varias. Usted sabe que tengo un ojito para darme cuenta de los malos elementos.

–Lo sé, mujer.

–¿Se acuerda de la vez que usted..?

–No hables tanto y escucha. Por ningún motivo, pero escucha bien, por ninguno, llames a la policía. Eso echaría todo a perder.

–Todo qué.

–Todo. Y nos vamos a la cresta, derechito a la basura. ¿Te gustaría eso?

–¿Usted qué cree?

–Entonces siga al pie de la letra lo que diga ese hombre.

–¿Nada más?

–Nada más.

–¿No ordeno la habitación?

–Cese, parece que no me está escuchando.

–Era una broma, don Gastón.

–No estamos para bromas.

–Disculpe.

–Recuerde, no toque nada. Nada. Y si ya lo hizo no importa. Dígaselo al experto, él lo solucionará. Está acostumbrado a casos así y a las impertinencias de

quienes desordenan las cosas, como de manera potencial podría hacerlo usted. Él está muy recomendado por una persona a la cual estimo mucho.

—No se preocupe, don Gastón.

En sus largos años como camarera, a Cese le había tocado ver de todo. Riñas simples y enmarañadas. Baleos con heridos, otros con ilesos y dos con cuerpos muertos como resultado. Uno hacía ya cinco años, cuando un abuelito llegó al motel para esperar a la jovencita que le enviarían desde la agencia que había contratado. Nervioso y ansioso esperó a que llegara la joven, perfumado y bien vestido se espantó al ver que su nieta era la prostituta que le enviaban de la agencia. La escena devino en preinfarto. No murió ese día, pero luego vino una depresión y el posterior suicidio que planificó para ejecutar con tiempo en el mismo 014; es posible que lo pensara como el lugar donde había muerto en vida. En otra ocasión, cerca del lugar hubo ajuste de cuentas por un triángulo amoroso, muy de crónica roja. Una mujer engañaba a su marido con su hermana. La de él. El hombre se enteró, los siguió al motel y bang: Cese de testigo. ¿Qué haría ella por despecho si el Garrido la engañara? Tal vez ya lo hacía, pero Cese prefería no enterarse. Aunque si alguna vez llegaba a saberlo, listo, Garrido se iba cortado al instante, igual que los otros dos muertos que había

visto en vivo y en directo. Pero en ese caso se lo imaginó con los testículos en la boca. Como sea, Cese fue a asegurarse de que la habitación estuviese por completo cerrada. Avanzó sigilosa por el pasillo del segundo piso del motel y llegó hasta la habitación 9. Se tentó con entrar. Miró la 10 y la 11, aún estaban con pasajeros. La 12 estaba vacía. Entró. Al hacerlo vio otra vez el cuerpo. Avanzó hasta él, como no lo había hecho hace un rato. Sintió curiosidad, observó detenidamente al payaso pintarrajeado en el suelo. Cayó en la cuenta de que ese payaso muerto era el tipo que desde hace unos días trabajaba en el 014. No recordó su nombre, pero en algo debe haber andado metido, pensaba. Con cierto disimulo dejó la habitación intacta. Pero la curiosidad la llevó a retroceder y a observar otra vez, de lejos, el cadáver. Algo pensó de aquel payaso, aunque no logró desarrollar la idea. Salió y avanzó por el pasillo. Bajó a la recepción a esperar al hombre que debía llegar, don Gastón se lo había pedido. Eran las 8:26.

Cese no quería verse envuelta y enlodada por una situación rara, ajena a ella e inexplicable a la vez. Es que un hombre muerto, ¿y de payaso? ¿Cómo no vio ni sintió algo extraño? Le preguntarían desde la policía o la prensa, pensó, pero don Gastón le había pedido no llamar a nadie. ¿Por qué su jefe no sintió curiosidad? Le daba varias vueltas al asunto, distraída, cuando de

repente sigiloso ingresó un hombre al motel. Cese se asustó. Luego asumió que era el hombre que esperaba. Lo supuso, lo intuyó. Era alto, de facciones delgadas, pómulos salientes y grandes orejas, extrañamente una más grande que la otra. Vestía terno y camisa grises, elegantes, con zapatos y corbata negros. Aspiró un cigarro largo mientras se acercaba a ella. La miró fijo y exhaló, cuidándose de no hacérselo en la cara.

–No tenemos habitaciones disponibles –dijo una nerviosa Cese, que intentaba hacerse la despistada.

–No se preocupe, no las necesito.

El hombre aspiró otra vez su Dunhill y lo apagó en el cenicero sobre el mesón de la recepción. Botando el humo, continuó:

–Soy amigo de don Gastón.

–Usted es.

–Ese mismo. ¿Hay gente?

–Poca.

2

ECRE

Ser desaparecido es un acto de la más puta violencia, un destino no buscado por quien recibe la acción del activo ejecutor. Quienes conocieron a Batla sabían que él sabía eso, aunque no es simple ni menos inofensivo adentrarse en sus derroteros personales y en sus alrededores. Por eso, quienes conocieron a Batla estaban enterados que desaparecerse, según sus lineamientos, radicaba en situarse en una esencia subjetiva y crítica de rechazar el estado actual de las cosas, en un sentido personal, social, fenomenológico, filosófico, ontológico, metafísico y todas las palabras complejas que complican en extremo un término que en sí significa no estar y que, en palabras de Batla, se enmaraña al agregar el verbo «querer», es decir, no querer estar por decisión autónoma e independiente, propia y personal. Lo sabían. Por eso al hablar del tema, quizá, también había que ensayar un sistema de desaparición o camuflaje.

Batla estaba de acuerdo con la diferencia entre ser desaparecido y desaparecerse, y es obvio que después

de engullir, masticar y digerir al final optara por este último acto. Dejarlo todo para nunca jamás pudo ser una idea que haya cruzado su cabeza. Dejarlo todo por voluntad propia. Lanzarse sin ataduras, sin que nadie repare en el gesto ni lo objete, sin importar que nadie repare en el gesto. Esfumarse y ubicarse en otra parte, en otro lugar, otra dimensión, otro estado. Urdir un plan para no estar más. Nunca más. En sí el asunto podía ser explicado de mil formas, eso está claro. Todo puede ser explicado de mil formas. El verdadero enigma era cómo hacerlo. Ni el mismísimo Batla sabía llegar a lo medular del asunto. Ese era el dilema que tanto le costaba resolver a Batla.

No obstante, el no saber hacerlo nunca implicó pasividad de su parte. Según lo que se sabe o se cuenta, él había transitado por formas y vías posibles hacia la desaparición. De hecho, cuando su búsqueda lleva años de pocos pero certeros intentos —después del segundo lustro de los noventa, cuando había pasado la veintena—, ingresa a un grupo clandestino que se caracterizaba por montar escenas en cualquier espacio real o cotidiano. Es fácil entender que sobre la idea de lo real o de lo que algunos llaman realidad se tejen todo tipo de dudas y suspicacias. Se trata de esa máxima ya añeja y redundante de que lo real no puede ser representado. Por eso hay que explicar que los integrantes del grupo

intervenían con escenas paródicas para inhibir la base semántica de la escena referida y parodiada. Es decir, reales. O bien con críticas escenas que para otros eran reales aunque para ellos, los del grupo, no pasaban de ser burdos y detestables chistes. Eran montajes más simples, por el hecho de representar la ramplonería del sistema político, fáctico, social y cultural que los cobijaba. El fundamento principal del grupo al cual perteneció Batla estaba en la ocupación de los lugares, con todas las convergencias heterogéneas –en general políticas– de entes que componían ese aparataje.

Antes de pertenecer, o mejor dicho ser parte de este grupo¹, sus integrantes—cuatro en un principio—iniciaron el proceso de fundación. Simón Roco propuso llamarlo Los Magníficos, como el cuarteto de prófugos militares gringos que protagonizaban la serie de televisión durante los años ochenta. Roco, en su continua ficcionalización de la realidad, anhelaba ser Anibal Smith, el jefe que siempre tenía un plan ante todo y un puro en la boca para celebrar los triunfos del grupo. Tania Santos se reía de esta idea por considerarla imperialista e infantil a la vez, además de tildarla de superfluamente pop.

—Quieres un referente un poco más intelectual? —se quejaba Roco.

¹ Vale aclarar que *pertenencia* connota un objeto o material que tiene dueño.

—No sé, pero por lo menos con más peso. Hay bastantes héroes por reivindicar.

Santos les recordó que los nombres de Lautaro y Manuel Rodríguez ya estaban ocupados por otros colectivos que hicieron de las suyas en Chile durante los años ochenta. Luego caviló sobre las figuras de Luis Emilio Recabarren, del Che o de Raúl Sendic, entre otros personajes latinoamericanos de una izquierda combativa y organizada. Roco, en cambio, volvió sobre «Los Magníficos» y también pensó en «MacGyver» y de paso en «Magnum» y en la dupla de «Miami Vice». Ambos debatieron durante un buen rato, mientras Raúl Fonseca observaba en silencio el conato de pelea verbal, y un sigiloso y pausado Bruno Mate comentaba que pensar una sigla definitiva era lo mejor.

—Lo mejor, sin duda, considerando que en dos, tres o cuatro palabras se da con el sentido directo y certero de lo que queremos expresar. Luego este sentido deviene sigla y a continuación ésta se transforma en un concepto original y autónomo. O sea, pasamos a proponer algo.

—¿Y tienes alguna idea?

—Muchachos, todo a su debido tiempo. Eso viene después de analizar y comprobar que la idea tiene bases sólidas y, lo más importante, si cuenta con apoyo total del grupo.

Roco con mesura levantó su pulgar, Santos asintió con cierta suspicacia con la cabeza, Fonseca aprobó con la mirada tranquila y Mate caviló, tras un vagabundeo mental disgresivo del cual luego regresó para dar a conocer el procedimiento y ciertas posibilidades que podían ser útiles, servir de ejemplo o de motivación para el –hasta entonces– anónimo grupo en estado de gestación estructural.

Es oportuno recordar que el germen del colectivo surgió de una idea crítica, la cual pudo ser derribada en su estado primero. Con su primera acción se habían posicionado desde el fracaso. El penúltimo lustro del siglo XX comenzaba a gestarse, la dictadura de Pinochet ya había acabado pero simbólicamente aún marcaba presencia, la alegría –decían– había llegado, ya no estaba en todas partes ese rostro monstruoso y visible al cual apuntar los dardos; eso inquietaba a grupos más cáusticos y críticos de la sociedad, por esos días, democrática. Sin embargo, la ausencia de ese rostro no mermó el plan de conformar un grupo que pusiera en crisis –en situación de jaque mate, enfatizaba un ufano Mate por el juego de palabras con su apellido– cualquier intento político y/o estratégico por aquietar la misma crisis. El ideario incisivo de estos personajes todavía dispersos podía diluirse de pronto en la nada misma, en el páramo gris del ideario crítico social. Si no

había rostro monstruoso al cual atacar, entonces había que conseguir que éste surgiera otra vez de las tinieblas del poder político o económico, detectarlo con audacia y suspicacia en las acciones encubiertas de quienes acordaban blanquear la memoria de un país mediante consensos que no a todos acomodaban. Había que actuar, moverse rápido hacia alguna parte, partir por algo que desestabilizara ese orden aparente que se estaba escenificando sin que ninguna voz crítica se escuchara. Para el caos, la prudencia; eso era lo primero. Eso era lo fundamental, comentó de forma segura Fonseca. Extrajo su caja de Dunhill del bolsillo, sacó un cigarro, lo encendió y aspiró.

—Es fundamental. Tanto al elegir la pieza clave para desestabilizar el orden —exhaló—, como al momento de ejecutar.

—Nada de arrebatos inútiles y entorpecedores —dijo Mate mirando de reojo a Santos.

Aludía a algunos malos pasos que sabían de ella, quien respondió clamando por acciones concretas y no meros actos poético-evanescentes. Se refería claramente a las históricas propuestas de Mate.

—Lo importante aquí es actuar, ponerse en escena cuanto antes.

Así Roco cerró la ronda de primeras opiniones. Pasaron los primeros meses revisando caso a caso de

diputados y senadores que habían debutado tras la dictadura, tras décadas del país sin poder legislativo. Un líder de la oposición, pensaban, como el presidente de la UDI, o un emergente empresario y senador de RN, podrían ser los flancos perfectos para el plan. No desechaban el secuestro de un líder de la Concertación, por ejemplo un demócrata cristiano anfibológico que hubiera jugado a favor y en contra de la dictadura, o un socialista renovado que empezara a sentirse cómodo en los lares del neoliberalismo. Cualquiera servía, pero no llegaban a acuerdo –a *consenso*, expresión de los nuevos tiempos– o no conseguían argumento convincente para el grupo. Además, la acción sería difícil de justificar ante la positiva imagen social e internacional que se tenía de la Concertación.

–Y, finalmente, ¿cómo nos llamaremos?

Silencio. La prudencia era parte de las normas centrales del grupo que se formaba. Meses tardaron en desmenuzar, masticar y analizar la situación del nombre del grupo, y el objetivo para actuar. Hasta que de pronto Santos dijo:

–Hay que atacar al emperador mercurial, al decano de nuestra prensa.

Quienes sabían de los ecretas, entendieron que el plan elegido era secuestrar al hijo del dueño de *El Mercurio*. ¿Por qué no? Todos movieron la cabeza

afirmativamente. Pero Batla no asintió. Claro, no estaba ahí; por ese entonces no formaba parte de un grupo que él desconocía por completo. Que pasara a formar parte no se dio porque lo anhelara con ahínco, sino porque fue elegido y reclutado luego de un arduo y exhaustivo análisis de su perfil e historial. En realidad lo que buscaba Batla era el bajo perfil. Quería desaparecer, algo de lo que sí tenía conocimiento su amigo Roco, después convenció a sus compañeros de que lo aceptaran como refuerzo para las actividades y proyectos planificados.

Antes de elegir a Batla, y antes del plan que estaban esbozando, el grupo propuso una cuaterna de posibles siglas que los representaran y nominaran. Cada integrante tenía que proponer alguna, pero no podía votar por ella. El voto, secreto, se hacía público cuando los comicios se cerraban. La primera moción fue de Roco: EA, sigla de Equipo A que emulaba el título original en inglés de «Los Magníficos», «The A Team». La segunda fue de Santos: MELER (Movimiento Escenificador Luis Emilio Recabarren). La tercera, de Mate: ECRE (Escenificación Crítica Revolucionaria). La cuarta, de Fonseca: LE (Los Escenificadores). Entendiendo que su rival era Santos, Roco votó por ECRE. Santos sabía que Roco era su rival, y votó por ECRE. Mate, seguro de que su propuesta era mejor y que ni Roco

ni Santos votarían por la propuesta del otro ni menos por una distractora y básica propuesta de Fonseca, que funcionaba más como título de libro o película, votó por LE. Fonseca, pillito sabio para esas ocasiones, estaba seguro de que su propuesta distractora –tal como pensaba Mate– no sería votada por sus compañeros, por lo que se inclinó por la que creía era mejor: ECRE. Tres votos levantaron esta sigla, que sin queja alguna, en un calmo, consensuado ambiente democrático –con lo que cedían varias posturas rígidas e ideológicas– fue aceptada por los ahora ecretas, de reuniones secretas y concretas.

–Con pocas tetas, pero sí muchas tretas.

Las actividades de planificación y gestión llevadas a cabo por los ecretas, que en la interna se autodenominaban cretistas o por la cretistas, tenían un lugar fijo, un centro de operaciones ubicado al norte de Santiago, en la calle Reynaldo Prado de Conchalí, hoy comuna de Huechuraba. La fachada era cierta casa que funcionaba como reparadora de calzado y microfábrica de zapatos atendida por los hermanos Renzo y Gilda Gallegos, simpatizantes pinochetistas a morir, pero ante todo nostálgicos seguidores del presidente Jorge Alessandri en los años sesenta y setenta. En realidad eran parte de una derecha popular, proletaria y extraña, siempre en la mira de los grupos de izquierda que dirigieron

la población La Pincoya durante los gobiernos de Alessandri, Frei, Allende y en la dictadura de Pinochet. Que fueran de derecha en un barrio popular no era fácil de entender, pero para los ecretas o por la crestistas era ideal porque les permitía evitar las sospechas de la policía y menos de la comunidad. Lo mejor era la condición sobrinesca de Mate. Sus tíos vieron con buenos ojos la propuesta, mal que mal les convenía ganar dinero arrendando esa casona casi abandonada, ya sin la madre, ya sin hermanos ni hijos, nietos, sobrinos ni los amigos de antaño, esos que la repletaban para los 18 de septiembre, semanas santas, años nuevos, cumpleaños, bautizos y primeras comuniones. Renzo y Gildita no sabían de las acciones clandestinas de su sobrino, solo sabían que trabajaba en una ferretería, que había realizado estudios universitarios incompletos de filosofía o historia. No recordaban con claridad que se había alejado en forma gradual de la familia, de la Matilde, madre de él y hermana de ellos. Y sin rencor alguno aceptaron que viviera junto a una prima lejana desconocida para él: Tania Santos.

–Hola.

Santos en realidad no era prima, pero puso lo mejor de su parte para caerles bien. Renzo y Gilda, además, dieron la venia para que recibieran tres a cuatro veces por semana a unos amigos.

—Cuando quieran. Eso sí, tenemos que compartir las cuentas del agua y electricidad si vienen seguido.

—Por supuesto, tía.

—Pero, ¿cuál es el fin de las reuniones? —preguntó Renzo.

Mate pensó rápido. En rigor, intentó pensar lo más rápido que pudo.

—Simplemente conversar sobre nuestra religión, tío. Nada del otro mundo. Compartir nuestro conocimiento sobre el Badabada.

—¡Mijito, acaso usted ya no es católico! —dijo Gildita.

—Cómo se le ocurre, tía. Los badabadistas somos católicos ciento por ciento, a concho. Lo que nos diferencia es que creemos en las virtudes badabadistas de los hombres y las mujeres.

—¿Cómo es eso?

—Simple. Usted, al aceptarnos en su casa, está demostrando que cuenta con rasgos badabadistas evidentes. Rasgos erosionados y olvidados por el hombre a lo largo de la historia. El dar sin pedir nada a cambio es un claro rasgo badabadista.

—No se olvide que le cobro.

—Lo material no es lo que vale, tío. Usted nos va a abrir su puerta, que es lo importante. ¿Le queda claro?

—Algo.

—Pero no se preocupe. No haremos nada malo.

Sin entender mucho la explicación de su sobrino, los tíos aceptaron. Al explicar el discurso a sus compañeros ecristas, Mate fue reprendido por Fonseca, quien consideró peligrosa y burda la idea: los tíos, al sentirse cómplices, en algún momento podrían interesarse y querer ser parte de las sesiones badabadistas. Roco intentó responder y ayudar a Mate, arguyendo que es mejor jugar con el supuesto interés de los tíos que con sus posibles dudas.

—Si se interesan, lo más posible es que no participen por fome. Además mi tío no es muy devoto que digamos, y mi tía está entregada a mantener la casa limpia y a cocinar. En todo caso, si realmente quieren participar, los invitamos, pero le pedimos cuota de incorporación y se espantan de inmediato.

Los cuatro se convencieron del asunto. Si bien Fonseca atisbó tibias dudas, no le alcanzó para que se le pasara por su cabeza que una planificación así podría acarrear algún error que dejara una ventana abierta para que algún intruso o intrusa se interesara. Pero los errores son humanos. Sin ellos no se descubriría la débil coartada del asesino ni el fraude bancario de cualquier señor gerente. Los errores son la marca humana en sus acciones cotidianas, la huella delatora, la hebra precisa para llegar al centro de la madeja. Ese error en particular permitió a Julia, por azar y sin conocimiento

de la causa, empezar a seguir los pasos del ECRE. Por un simple error, una falla nimia –y evidentemente grosera–, siguió la pista como quien encuentra una caverna oscura o una casa desabitada y comienza a adentrarse sin poder terminar de recorrer el lugar. Julia desde el inicio estuvo muy cerca de llegar a los pies del ECRE, siempre consciente –o casi siempre– de que tal aproximación era ambicionar el control de un fuego abstracto y fuertemente tóxico, y más encima manipularlo. Un fuego quemante que asusta y atrae a la vez.

Julia, finalizando sus estudios de sociología en la Universidad Arcis, sobre las manifestaciones de la religiosidad popular en la ciudad latinoamericana, dio con este grupo de jóvenes que buscaba y profesaba una condición badabadista en hombres y mujeres de cualquier credo.

–¿Qué es eso?

Julia había entablado una amistosa y franca relación con José Tomás, el sacerdote de la capilla de la población, ubicada a unas cuadras del centro espiritual y neurálgico badabadista, es decir, el centro de operaciones del ECRE.

–¿Cómo?

–Son unos jóvenes que se reúnen para discutir estos rasgos badabadistas en Cristo.

—¿Los conoces?

—Nada. De seguro es una farsa, pero no son dañinos. Por lo menos eso quiero pensar y creer. La gente se ha ido interesando por el tema.

El sacerdote hablaba de manera sincera, aunque con leves rasgos de preocupación.

—De hecho llevan casi un año.

Julia se mostró interesada. En general actuaba así. Lo había aprendido de su vieja abuela anarquista, también llamada Julia, que intentó hacer de las suyas allá por los años cuarenta. Fue así como con dos o tres consultas Julia, con un actuar sencillo y directo, se vio en medio de una de las sesiones badabadistas. Bastaron unos cuantos minutos para darse cuenta que detrás de todo, como había notado José Tomás, había una gran mentira montada en esa casa. Algo olía raro. No putrefacto ni oscuro, sino raro. Astuta y temeraria, Julia fingió mostrar interés de feligresa por ver qué había detrás de esa fachada. Era evidente que la gente iba entusiasta a las sesiones, sin obligación alguna. En las breves encuestas y diálogos, casuales o inducidos, nadie dio a entender de manera explícita que existiera cobros indebidos ni peticiones de favores sospechosos ligados a la política, cultura o religión. O a cualquier maraña estratégica extraña.

—¿Y qué hacen?

–Sólo hablan.

–¿De qué?

–De sus vidas badabadistas que ellos ven reflejadas en las nuestras. En nuestro sino badabadista.

Intentando seguir los supuestos conductos regulares, Julia solicitó una audiencia para hablar al menos con uno de los hermanos –así se hacían llamar los ecretas frente la comunidad– que conformaban el grupo. Ninguno de ellos aceptó la petición. Un cachamal en la cabeza –intempestivo, fuerte y reprobatorio– le llegó a Roco y a Mate de parte de Fonseca, por poner en peligro la clandestinidad del grupo. Era obvio que la famosa idea de la secta se había caído con facilidad, como torre de naipes. Había sido un error mayúsculo. En Julia vieron, sobre todo el suspicaz Fonseca, un peligro real para la organización.

–Es ella o nosotros. Eso queda claro.

–Está haciendo muchas preguntas.

El error se encadenó con otro no menor: un sencillo papel suelto con información relevante que Julia encontró en una de las sesiones colectivas y que sustrajo con cautela. Un papel con cinco puntos encabezados por la sigla de la organización.

31 de marzo de 1991

EL ECRE

es un grupo sin fines de lucro cuyo objetivo es montar escenas (y montarse sobre unas cuantas verdades flácidas) para desmontar otras escenas;

va hacia delante, no tiene nada que perder, todo suma;

busca caotizar el orden aparente de las cosas, poniendo en jaque a quienes lo proponen, incluso al ECRE mismo (es la gracia);

busca la burla (del político cerdo eyaculador precoz) y la parodia (de los discursos públicos y otras pomadas) en sus acciones;

es un grupo que critica todo intento por blanquear la historia. La historia es negra, manchecza y turbia (es la gracia);

revindica ante todo la prudencia como modo de actuar, en desmedro de la violencia (pero si la cosa

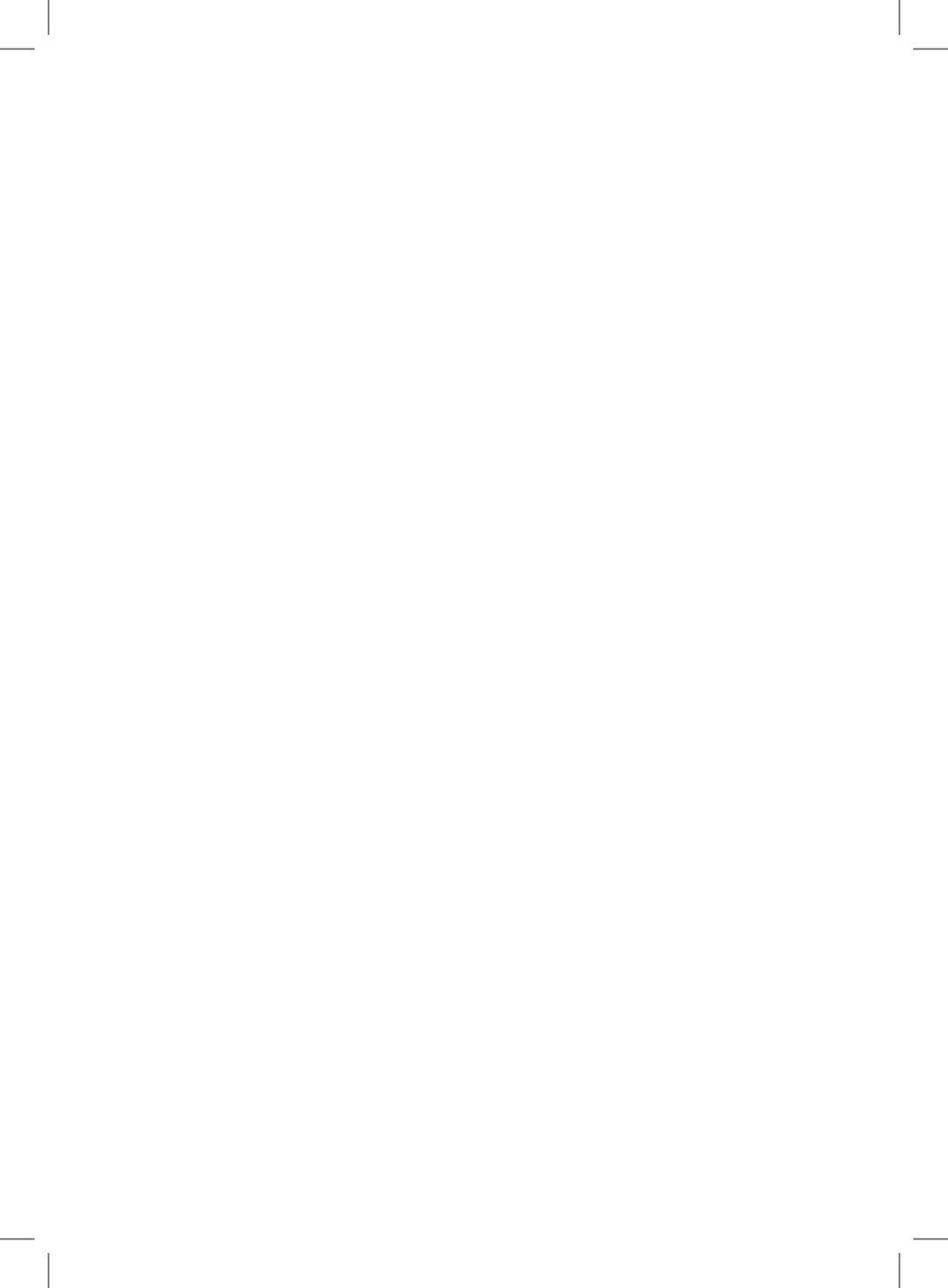
se pone fea hay que echarle pa delante);

no se conforma con la realidad existente (obvio, si no fuera así para qué cresta existe el ECRE);

no cree en las excusas que retrasan los procesos críticos (menos en manifiestos que nadie cumple, sólo hay que actuar de una sola vez).

Al enterarse los ecretas de la pérdida del papel, callaron al unísono. Luego posaron de soslayo sus miradas en un molesto Fonseca. Éste meditó, lenta y mesuradamente como era su costumbre. Sacó un Alfredito Dunhill, así le decía a veces a sus cigarros preferidos. En forma directa, pausada y sin preámbulos dijo:

–Hay que matarla.



3

EL INTERÉS POR OTEÍZA (GÉNESIS DE UNA BÚSQUEDA)

Si el ECRE, sus miembros ecretas o los por la cresta ya fueron presentados como punto relevante y a la vez convergente de este relato; si ya se dijeron algunas cosas de Batla, como que formó parte tardía y no fundante de este grupo, sin llegar a ser tampoco su principal figura; si ya se comentó que Julia, al descubrir las andanzas de los ecretas, deseaba ingresar al grupo, habría que agregar que Oteíza nada sabía de ellos. Ni del ECRE, ni de Batla, ni de Julia. Aunque en realidad muy pocos supieron de ellos.

A fines de los años noventa, Oteíza representaba la figura desgastada y deformada de un viejo periodista de televisión pronto a retirarse del campo que durante años ocupó. Lo sabía él, lo sabían sus cercanos y del mismo modo lo sabían sus admiradores. En medio de este tránsito hacia el retiro Oteíza le había dado

varias vueltas a la idea de escribir sus memorias para una clausura laboral y profesional en gloria y majestad. ¿Por qué no?, pensaba. Mal que mal fue nombre clave en tiempos también claves de la televisión chilena y de la prensa escrita. Cubrió eventos, personajes y noticias decisivas. Vio luces brillar, estuvo con personajes importantes. Todo era fundamental. Entrevistó a esos personajes, reportó la coyuntura política, deportiva y del espectáculo. Supo estar donde sus superiores quisieron que estuviera. Logró situarse en el lugar preciso de la fotografía que aparecería en el álbum íntimo familiar-nacional. Por eso unas memorias de hombre público como él aportarían, aunque fuera un poco, a la configuración de la memoria de un país, algo desestabilizada para un lado, creía el periodista: el de los que se creían dueños de la memoria, comentó alguna vez entre su círculo cercano. No obstante, al verse en el espejo de su baño podía observar en su rostro cansancio y oficio, pero sobre todo cierta incertidumbre. Al verse ahí tenía certeza de que su mirada ya no se inquietaba como en sus mejores años de periodista. Sus canas no las había querido disimular, eso lo contentaba. Si quería escribir y relatar sus memorias debía tomar fuerzas para volver sobre sus días de fastuoso, objetivo y funcional periodismo. Oteiza creía de manera segura y fehaciente tener algo que relatar, algo que pudieran

leer las futuras generaciones chilenas –jóvenes y periodistas en general–, algo en lo que muchos, en especial sus cercanos y admiradores, concordarían con él. Sin embargo otros que precisamente no eran sus cercanos, que estaban en las antípodas de su vida, de su ideología y de su ética, creerían lo contrario. Porque los temas que eran significativos y dignos de relatar para ellos no eran parte de la fachada montada por la prensa que rodeaba a Oteíza, una bien urdida arquitectura de falacias vacías, pero no inocentes. Esta fachada elucubró y narró, con todos los rasgos y criterios ficticios que esta acción conlleva, la dictadura montada durante los años setenta y ochenta en Chile. No hay que ser demasiado inteligente y receloso para darse cuenta de que los temas que para él no eran centrales contar y recordar eran justamente los que a otros les gustaría comentar, discutir y conocer.

En otra parte de la ciudad, con dos o tres bostezos, Batla caminaba molesto después de bajarse de la micro en calle San Antonio. Murmuraba quejas sin parar por el continuo roce con la gente que habitaba la ciudad a esa hora, a toda hora.

–Váyanse a trabajar, manga de vagos.

Avanzó y zigzagueó por calle Moneda, tras el Teatro Municipal, para luego meterse raudo por el paseo Tenderini, acortar camino por la Galería

Metropolitana, llegar hasta Mac Iver y dar unos pocos pasos por Alameda hasta la Biblioteca Nacional. Subió sus veintidós escalones e ingresó, librándose así del tumulto que obviamente no manifestaba interés alguno por visitar el antiguo monasterio que pasó a ser la Biblioteca el año 1925, o algunos de sus salones como la Sala José Toribio Medina, silenciosa y elegante, dispuesta sólo para algunos iluminados que trabajan con las letras igual que la Sala de investigadores. O el Salón Gabriela Mistral, amplio y con sus invitados cotidianos: los escolares enviados por sus profesores a hacer las tareas del liceo, algunos amantes de la letras y otros circunspectos investigadores de éstas no habilitados para los otros salones, dedicados a los grandes temas de la literatura y de la historia, temas y personajes que Batla ignoraba a propósito.

—Soberbios.

Si bien visitaba seguido esta y otras bibliotecas, Batla no podría haber sido llamado un ratón lector. Lo suyo no era el cúmulo de conocimiento —le parecía una pérdida de tiempo indudable—, sino las panorámicas certeras, precisas que daban los resúmenes de libros o los estudios sobre personajes o temas de interés. Le interesaba de todo un poco, una muestra breve pero significativa e intensa que le permitiera estar al tanto de una manera superficial, pero efectiva. Batla tenía como

norma autoimpuesta no dedicar más de diez páginas de lectura a un libro de cien páginas o veinte a uno de doscientas o más, es decir no leer más del 10% de un libro. Si con esa cantidad de páginas no se le entregaba la información necesaria para su reducido aunque compacto conocimiento, el libro no le servía, estaba mal escrito y el escritor no tenía el talento necesario para dar a conocer sus ideas. Cuando se cruzaba con estos ejemplos castañeaba los dientes con disimulo en señal de alegría y aprobaba la barrera del 10%. Pero claro, se decía, hay libros que pasada esa barrera logran entregar más, aunque son los menos. Es como que se empezara otro libro. Eso habla bien de sus autores. Sin embargo no se daba tiempo para sumar páginas, y cuando lo hacía dejaba esos como sus libros favoritos. Recurría a ellos cada vez que podía para sacar alguna frase o idea que le sirviera para los planes que siempre elucubraba, lo que no implica que éstos siempre fueran exitosos.

—En general, no me interesan las ficciones y representaciones de los otros. Con las mías basta y sobra.

Es necesario hacer hincapié en su capacidad de lectura veloz. Leía diez páginas en diez minutos. Eso sí, cuando estaba frente a un buen libro —no encontraba muchos— leía lenta y atentamente. Para los libros o manuales explícitos y predecibles aplicaba el modelo

ya señalado. Había leído bastantes de ese tipo, y tenía anotados otros cuantos para leer o revisar. Uno de ellos era *Informe sobre la responsabilidad que pudiera haber al señor Prefecto de Investigaciones de Valparaíso Don Alberto Rencoret Donoso en la desaparición del profesor Don Manuel Anavalón Aedo*, publicado por José Raimundo del Río en 1935. Además tenía dos artículos publicados en la década del sesenta, titulados «Desapariciones en el desierto» y «Cinco sujetos desaparecen sin dejar rastro en medio del desierto». También tenía textos de otro tipo: novelas como *La desaparición de Godofredo Staunton*, de Arthur Conan Doyle, *La delicada y exquisita desaparición de un hombre*, de Juan Víctor Polo Barrera, publicada en 1978, *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*, de José Donoso, publicada en 1989, y *La desaparición de la Santa* de Jorge Amado. Se trataba de libros que hacían evidente la desaparición en sus títulos, lo que daba cuenta de cierta superficialidad investigativa de Batla, basada en la revisión azarosa y superficial de los catálogos, complementada con algunos arrebatos de rigurosidad. Pasaba por alto el desarrollo del tema en el interior de libros cuyo título no informaba sobre el tema de la desaparición. Había que filtrar, se dijo en más de alguna ocasión.

Antes de salir del liceo, cuando recién cumplía los diecisiete años, a Batla le ofrecieron un curso de lectura

veloz. Para ese entonces ya leía rápido, de cincuenta a sesenta páginas por hora. Competía por despacharse los libros, autoimponiéndose marcas que derribar con amplias páginas de diagramación ancha y tipografía pequeña. Eran trampas inofensivas que él mismo se tejía. Destacaba como un adelantado cuantitativo entre sus compañeros, a quienes antes de las pruebas resumía oralmente la lectura. Cabe destacar que lo suyo no era filantropía, sino que cobraba a sus compañeros unas cuantas monedas para que fueran parte del público que accedía a escuchar sus relatos resumidos. Lo hacía en el recreo, a minutos de la prueba. Así se aseguraba que sus compañeros, sus escuchas, su público, no vendieran resúmenes transcritos a los que no habían querido pagar la suma que cobraba. Adelantado cuantitativo, sí, porque su calidad de comprensión no era de las mejores. Las lecturas cualitativas quedaban en manos de los expertos del curso, que no eran muchos.

Con el curso de lectura veloz que tomó –cuya matrícula obligó a su hermana que pagara al contado– llegó a leer sesenta, incluso setenta páginas en una hora. Luego, cuando ya no le interesaba leer libros enteros, se dedicó a hojear libros. Muy concentrado, subrayaba y sacaba ideas principales –muchas de ellas azarosas, elegidas por instinto– que alimentaran sus proyectos y los temas de fondo que le interesaba discutir en

reuniones sociales. Dependiendo del ánimo, claro. Se ufanaba de leer las primeras páginas y luego dar un par de hojeadas al libro para sacar algunas palabras clave. Así entendía el sentido. A veces, decía, bastaba con leer el título y tocar el libro para hacerse una idea. Eso es algo que nunca nadie pudo corroborar.

Así todo, Batla era un asiduo visitante de la Biblioteca Nacional. Pocas veces iba a otras. Se dirigía a la sección de diarios antiguos para pasar el rato y anotar noticias nimias pero llamativas. La mayoría de las veces revisaba crímenes pasionales en la revista *Vea*, porque en el efectismo de la cobertura de crónica roja a la noticia siempre había un relato de corte melodramático notable y desmenuzable –en palabras de Batla–, del cual se podían desprender otras realidades y verdades por medio de las alternativas que daba el entramado amoroso, en cuyo origen anidaban los genes de la violencia y la maldad del hombre y la mujer. Ese día, sin embargo, su objetivo era otro: investigar la historia del montaje; una idea en apariencia vaga, pero que Batla masticaba desde hacía tiempo, una idea imprecisa o si se prefiere ambigua, ya que el término montaje tenía un campo semántico amplio que iba desde el cine a la mecánica, pasando por el teatro y sin dejar de lado el plano erótico, pornográfico, sexual connotado por el doble sentido de montarse a alguien. Debido a esa

amplitud Batla delimitaba el tema y tenía en cuenta ciertas palabras clave como «desaparición», «ficción», «montaje», «escenificar», «golpe por la espalda», «golpe a la mala», «golpe a la maleta», todo muy bien anotado en hojas sueltas que luego ordenaba con meticulosa prolijidad. A veces pasaba todo en limpio sobre fichas con las que pretendía ordenar y ampliar los apuntes, para luego guardarlas en carpetas, sistematizadas y clasificadas según temática y cronología.

En apariencia desconectada de las palabras clave anteriores –aunque se tratara en realidad de una frase clave– «golpe a la maleta» tenía su génesis rebuscada en una pelea de box que había marcado la infancia de Batla. El día viernes –o sábado– 30 de noviembre de 1985 peleaban por el título de los supergallos chileno y latinoamericano Cardenio Ulloa y Benito Badilla. De semifondo animaban Guillén Acevedo con Luis Beltrán. El periodista de Televisión Nacional, Pedro Carcuero, relataba el combate. Su emoción se amalgamaba con el aullido en aumento del público. Primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto round hasta que en una fracción de segundo esa pelea dejó de ser insípida: suena la campana, el réferi Luis Comte alza los brazos y dice stop, stop, pare, pare. Cardenio Ulloa hace caso y baja los puños, mientras Benito Badilla manda un rechazazo que lo noquea sin preámbulos. Esta imagen

fue un umbral para su proyecto. No cuando la vio y tenía poco menos de diez años, sino cuando años más tarde, de tanto investigar, se le encendió la ampolleta. Batla creía reconocer y distinguir en esta escena, así como en la mayoría de los ejemplos que ilustran las palabras clave anteriores, el común denominador del golpe a la maleta como única forma de lograr un objetivo obsesivamente trazado que por la buena –o mirando de frente– no tenía posibilidades de lograrse. Pegarle al otro a la maleta cuando bajara los brazos.

Su amigo Roco lo dateó, le dijo que en un cuento de Jorge Luis Borges, «Tema del traidor y el héroe», se desarrollaba el motivo del montaje. Batla no era un seguidor de Borges y no se entusiasmó mucho con la información hasta que supo que había una película sobre el cuento, de seguro más accesible que el viejo ciego. *La estrategia de la araña*, de Bernardo Bertolucci, daba cuenta de la necesidad de países, naciones, estados, gobiernos y monarquías de contar con héroes aun si se descubría alguna traición o mal paso dado por ellos. En la película se postulaba –para Batla eso proponía el cuento– que frente a una verdad develadora que culpaba al supuesto héroe era mejor conservar la versión que convenía a la masa. No otra cosa era un montaje, según Batla. Una forma sucia y sutil de limpiar e higienizar la historia. La realidad no se presentaba

entonces sino como una acumulación indiscriminada de mentiras, tetras, trampas e ideales desvanecidos. En el futuro Batla anotaría una cita que le leyó Roco cuando hablaban de la vida como una trampa: «si quiero salir vivo de esta trampa que no elegí, tengo que atreverme». Debía atreverse. Estaba conciente de eso y de muchas otras cosas. Luego Mate aportaría con su cuota: «La imposibilidad de escenificar la ilusión es del mismo tipo que la imposibilidad de rescatar un nivel absoluto de realidad. La ilusión ya no es posible porque la realidad tampoco lo es». Si bien no entendía mucho, sabía que detrás de eso había algo que le serviría.

—Nada especial, nada. Pero en general estamos erigiendo realidades con fines personales y en ocasiones pequeñas sociedades que a la postre terminan mal. Siempre nos amoldamos a estos fines. Evidentemente uno apuesta sus fichas por una realidad, comprendiendo que esto implicará una realidad posible o un simple esbozo de ésta. Uno apuesta, claro. A veces también apesta y queda solo.

—No entiendo mucho.

—Puede ser. Yo sólo un poco más. Lo único que saco en limpio es que unos pocos saben consumir la apuesta y otros en menor medida. Con errores menores, muy pocos.

—¿Y tú?

—No sé.

Cuando Batla llegaba a conclusiones valiosas, le castañeteaban los dientes en señal de un innegable nerviosismo triunfador. Esto es evidente, se decía y castañeteaba. Luego se ponía a anotar en una de sus hojas de apuntes.

El golpe a la maleta, el montaje político, la trampa. Toda esa escena escondida en esta forma nacional e histórica de actuar a espaldas del otro devino en la aparición de la figura de Oteíza repetida en el horizonte investigativo de Batla. Poco y nada sabía él de Oteíza. Es decir que lo conocía por televisión, como espectador había visto más de algún reportaje suyo —nada de calidad y menos interesante—, por lo cual su nombre y persona no le había importado. Por su parte Oteíza nada sabía de Batla, pero eso le daba igual.

SECUESTRAN A HIJO DEL DUEÑO DE *EL MERCURIO*

Los ecristas nacieron del fracaso. Su idea inicial no murió, quedó con algunos magullones leves típicos de proyectos de tal envergadura, pero su estructura central se mantuvo firme. La planificación montada para llevar a cabo el secuestro del hijo mercurial fue trabajada de manera minuciosa, ordenada y planificada. Cualquiera que leyera los titulares de prensa el día 24 de septiembre de 1991 diría que el secuestro y el plan funcionaron a la perfección:

**HIJO DE AGUSTÍN EDWARDS
FUE SECUESTRADO**

**SECUESTRAN A HIJO DEL
DUEÑO DE *EL MERCURIO***

Pero no fue ni el 23 ni el 22 el día del secuestro, sino varios días antes. El 9 de ese mes ocurrió el secuestro de

Cristián Edwards desde un estacionamiento de la calle Coyancura en la comuna de Providencia. Tres sujetos se le acercaron y corrieron raudos desde un vehículo color blanco. Extrañamente –atiéndase la ironía– este hecho no fue informado de manera inmediata por la prensa, dicen que para no entorpecer las investigaciones. Sin embargo, es significativo que la prensa haya omitido desde esos días y hasta hoy cualquier mención al montaje puesto en escena por el ECRE, también que el nombre del grupo haya sido borrado de las páginas de todos los diarios nacionales –tres de los cuales son de propiedad del mismo Edwards– y de las investigaciones seguidas por la policía y el gobierno. Quizá no se supo del ECRE porque, primero, su ejercicio fue tan bien ejecutado que cumplió el objetivo de pasar desapercibido. Segundo, porque en la prensa quisieron bajar el perfil al grupo para no sembrar el pánico en el país. Tercero, porque la prensa y el gobierno se enteraron y le dieron escasa relevancia a un grupito de actores amateurs. Esta última posibilidad enojó en exceso a Fonseca, ya que menospreciaba su trabajo. A la vez, potenció el compromiso suyo y del grupo, así como la sólida idea de ser más meticulosos todavía en el futuro.

Como sea, el secuestro real sucedió en septiembre, un mes con cargas históricas para Chile. El día 18 se

celebra la primera Junta de Gobierno de 1810 como día patrio o pario. Según Barros Arana, en la madrugada del domingo 11 de septiembre de 1541 un ejército de indios –ocho mil a diez mil– asaltó la ciudad de Santiago, con el resultado de un sangriento combate y la posterior derrota indígena. Según Barros Arana, esta matanza final ha sido referida por casi todos los historiadores, luego puesta en duda por unos y negada por otros. Batla no anotaría ni clasificaría esto como un golpe por la espalda. En septiembre de 1970 asumió Salvador Allende, la última utopía nacional con bases en un proyecto social para el pueblo. En septiembre de 1973, específicamente el día 11, Pinochet encabezó el golpe de Estado –Batla tampoco lo anotaría como golpe por la espalda, aunque la decisión merece algunas dudas– que venía siendo gestado hace algún tiempo por la derecha y sus aliados. El día 3 de septiembre de 1989, jugando contra Brasil en el Maracaná, Roberto Córdor Rojas se cortó con un bisturí en pleno partido válido por las eliminatorias al Mundial de Italia 90. Ese fue un montaje que no resultó –así lo calificaría Batla–, que desembocó en el castigo a Chile para el mundial de Estados Unidos 94, y que dejó sin mundial a una excelente generación de jugadores que había ganado la Copa Libertadores con Colo Colo el año 91, ante Olimpia de Paraguay, y que había sido subcampeona de

la misma copa con Universidad Católica al año siguiente, frente a Sao Paulo. Aunque estos dos últimos logros no sucedieron en septiembre, como sí varios nacimientos nimios, varias borracheras conmemorativas del 18 de septiembre o la aparición del cuerpo de Rosa Ugarte –la joven hermosa muerta que en Batla encontró en uno de sus tantos viajes a la sección de diarios antiguos en la Biblioteca Nacional– en los años setenta y el secuestro del hijo mercurial en los albores de la democracia posdictadura de Pinochet.

Sin que importe demasiado, Cristián Edwards fue liberado el sábado 2 de febrero de 1992, cerca de las veintitrés horas en avenida Vicuña Mackenna, a pasos de avenida Departamental, después de ciento cuarenta y cinco días de cautiverio infeliz. Infeliz porque poco y nada debió haber aprendido ahí, durante esos cinco meses que permaneció encerrado en una estrecha pieza metálica de 1,50 por 3 metros. Como se puede leer en las páginas del diario de su padre, el Ministro del Interior Subrogante, hoy conocido y valorado como un experto en temas de inteligencia y seguridad, señaló: «Se ha cumplido con esto el objetivo de Gobierno, de la familia y de las instituciones policiales de terminar esta difícil y tensa situación con la vida y libertad del señor Edwards». Entiéndase que se trata del hijo del señor Edwards, es decir, Edwards hijo. Es un ejemplo de la

medida, consenso y blanqueamiento trabajado por el Gobierno de esa década, sobre todo en el primer lustro; un ejercicio que no convenía ni convencía a todos.

El hijo mercurial había sido encañonado y vendado para luego ser subido al vehículo blanco. Pocas cuadras después fue trasladado a otro vehículo, que enfiló hacia el sur de la capital. Mientras duró su cautiverio no mantuvo contacto con persona alguna y sólo pudo escuchar —como relató al diario de su padre— música estridente. La alimentación era básica. Muy escasa. A veces la restringían para luego aumentarla. La restringían y la aumentaban. Una y otra vez. Edwards hijo temía. En su habitación era vigilado a través de agujeros, por lo cual pudo distinguir solamente unos ojos que lo observaban y parpadeaban a la vez. Ojos anónimos, nada más que eso. El resto era especulación, temor y tibios rasgos de desespero.

A cinco meses del secuestro —el lunes 3 de febrero— *El Mercurio* titulaba, parafraseando a su dueño:

DESGRACIA VIVIDA AFECTA A TODOS LOS CHILENOS

Era un titular llamativo. Un titular de una evidente arrogancia metonímica, ya que esperaba que la mínima parte, el fragmento —es decir, el dolor familiar—, se

transformara en un todo. O sea, en un dolor nacional. Se trataba de un ejercicio paradójico si se considera que la tribuna utilizada –el propio diario– para purgar el dolor personal y familiar antes escondió verdades y mintió en otras ocasiones históricas, en los sesenta, en los setenta y en los ochenta. También antes. Pero en ese momento clamaba su dolor para desparramarlo a lo largo y ancho de todo el país.

El modo de operar de la policía, la familia y el gobierno –colusión político-histórica por donde se la mire– centró su atención en la carta dejada por los captores. Si bien recién el 24 de septiembre se conoció la noticia del secuestro, antes, el 13 de septiembre, el subdirector operativo de la policía civil había reconocido y confirmado que «hay una persona secuestrada» ¿Quién? Varias pistas falsas rodearon el caso. El país se paralizó, específicamente los grupos políticos y fácticos. Incluso desde la izquierda se repudió el hecho. No era bien visto estar de acuerdo con acciones así, aunque no había que dejar de decir que quienes más se espantaban con el hecho habían callado en dictadura frente a los 2.500 detenidos desaparecidos. El Partido Comunista descartó en forma tajante que hubiesen sido grupos de Ultraizquierda los responsables del secuestro, lo mismo hace un representante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Algunas hipótesis orales hablaban que detrás

de todo esto había un grupo internacional organizado, otras que un simple grupo subversivo y algunas más mencionaban al MIR.

Sin saber del fracaso de la acción ecetra, Batla supo la noticia del secuestro.

–Es solo por dinero –farfulló en su habitación.

De igual forma le llamó la atención el asunto, por lo que siguió de cerca el curso de los hechos por la prensa escrita y por televisión. Recortó los diarios que difundieron ampliamente. Vio la entrevista que la periodista Cecilia Serrano –ex Miss Chile– le hizo al padre del secuestrado, donde ella relacionó la desaparición de su hijo con la de los hijos e hijas desaparecidos durante la dictadura, que por supuesto los diarios del entrevistado no cubrieron de manera decente. La pregunta de verdad incomodó al rey mercurial. La periodista logró apenas una tibia respuesta, cuyo valor real estuvo en el gesto de incomodar a quien ostenta el poder, algo válido y apreciado por donde se lo mire, pero que pocas veces se lleva a cabo.

–Tenemos que atacar al emperador mediático, al decano de nuestra prensa.

Los ecetras había planificado todo con lujo de detalles durante cuatro meses. Había que hacer pasar un susto al viejo mercurial, era esa la consigna. Había que secuestrar a su hijo más querido, ¿por qué no? Todos asintieron.

Pensaron que atacando al primogénito el objetivo, en realidad algo obvio, se daría por cumplido. Propusieron secuestrarlo y dejarlo desnudo en algún espacio citadino simbólico, pero no. Se discutió secuestrarlo y dejarlo en medio de un escenario montado con papel de diario titulado con las noticias montadas por *El Mercurio*, pero no. Ante ellos había varias posibilidades, todas relacionadas con secuestros, hasta que de pronto todo se aclaró. El plan era simple: primero, secuestrar a Edwards hijo de verdad, encapucharlo y llevarlo a un lugar seguro. A un departamento arrendado por Mate. Segundo, filmar todo el operativo. Tercero, dejar al secuestrado en una habitación aparte y pedirle que se cambiara de ropa. Cuarto, uno de los integrantes –nunca se lo definió del todo– se colocaría esa ropa y sería protagonista de tres escenas bien esbozadas:

ESCENA 1

Vestido como la víctima y con una capucha negra en la cabeza, es violentamente amenazado y encañonado por *capttores* con máscara.

ESCENA 2

El secuestrado es sometido a una serie de torturas violentas. Da signos de sufrimiento.

ESCENA 3

El secuestrado recibe un certero tiro en la cabeza. Cae muerto. La cámara se queda filmando el cuerpo a una distancia relativa para luego acercarse mediante un zoom. Se utiliza como estrategia de filmación y referencia el cine snuff.

Las escenas 2 y 3 eran un respaldo. Si la familia Edwards no cumplía con el trato, se pediría un rescate a cambio del siguiente titular en portada de *El Mercurio*:

PERDÓN CHILE

Nunca se supo del secuestro de los ecretas. De ellos tampoco. No pudieron entrar en la historia, en la Historia.

Después de haber fracasado, se enfrentaron como grupo y se miraron las caras. Callaron un buen rato. No hubo quejas ni culpas. Revisaron paso a paso el guión y no encontraron errores. Sabían que no había sido culpa suya.

